

MARC BLOCH FUSILADO...*

Por Lucien Febvre

Traducción de María Luisa Jaramillo

Por fin rompo el silencio, el doloroso silencio que guardo desde hace unas semanas. Ya no queda ninguna duda. Marc Bloch, sacado el 16 de junio de 1944 de la celda en la que los alemanes lo habían encerrado en la primavera en Lyon, en el siniestro *Fort Montlue*, fue fusilado junto con sus 26 compañeros, otros 26 franceses de buena raza, detenidos como él por la Gestapo. Fue fusilado en un campo, en el lugar llamado "*Les Rousilles*" en el camino de *Trévoux a Seint-Didier de-Formans*, a 25 kilómetros al norte de Lyon. 16 de junio de 1944 : en ese momento el invasor que sentía cercana su partida, "vacía las prisiones" y sembraba en el campo, lejos de las ciudades, cadáveres de patriotas asesinados sin juicio y cuya identidad se encarnizaba en destruir...

No es el momento de hablar, ni de lo que fueron los últimos meses de una vida tan llena de nobles trabajos, tan llena de promesas con las que todos contaban - ni lo que significa, en su conjunto, la obra de este gran sabio, de ese gran espíritu que hacía tanto honor a esta *Gelehrte Europa* que, antaño Alemania respetaba. Rendiremos a Marc Bloch el homenaje que merece, pero esto no liberará ni nuestros espíritus, ni nuestros corazones con respecto a él. Entonces utilizaré para hacer más digna de él esta conmemoración, la correspondencia que no dejamos de mantener, él y yo, durante la guerra - tan libre como nuestros humores lo permitían. No pretendo por el momento, sino registrar una pérdida y qué pérdida, si es cierto que, de todos nuestros grandes muertos de la Resistencia, Bloch tal vez es el más grande por el

* Tomado de *Mélanges d'Histoire Sociale*, VI, 1944.

espíritu, el más luminoso por la influencia, uno de los más fuertes también por la energía lúcida. Esta pérdida para Francia, sé por adelantado cómo será sentida en el extranjero. Hará nacer allí los mismos sentimientos de horror que en Francia.

En 1939, a pesar de su edad (iba a cumplir 58 años cuando murió), a pesar de sus altas funciones en la enseñanza, a pesar de todas las razones que tenía, magnífico combatiente de 1914, para apartarse de una movilización que ya no le imponía el estricto deber de partir - en 1939, simplemente, Marc Bloch se había vuelto a poner el uniforme. Vinculado a un Q.G. del ejército, se le confió una pesada tarea: dirigir y asegurar la distribución de la gasolina en una de nuestras grandes unidades de combate. Esta tarea la llevó a cabo hasta el final, con una autoridad, una maestría y, cuando era necesario, una valentía física y moral ejemplares. Después de esto, logrando escapar al cautiverio, se volvió a unir a los suyos en el Centro. Fue para conocer al mismo tiempo la amargura y la vergüenza de las persecuciones que inaugurará, sin piedad, un régimen que hubiera deshonrado a Francia si un deshonor como éste hubiera dependido de él. Inscrito por sus colegas en la lista de algunos miembros de la Enseñanza Superior que los Alemanes fingían, provisionalmente, no querer tratarlos como aquellos que excluían de un "arianismo" que sus excesos, sus crueldades sádicas, sus abominables violaciones de los derechos más sagrados de la persona, volvía lo más execrable posible. Bloch volvió primero a *Clermont-Ferrand*, a su antigua Universidad de Estrasburgo refugiada en la ciudad de Pascal. Pasó luego a Montpellier donde, a pesar de la mala acogida que le hizo un personaje por lo menos pusilánime, enseñó en la Facultad de Letras hasta el día en el que el enemigo franqueó su propia línea de demarcación y Bloch recibió de las autoridades locales el consejo de partir inmediatamente: así lo hizo. Por esto la gente de Vichy lo destituyó; y como ellos no retrocedían ante lo abyecto, lo acusaron de ¡"abandono del puesto ante el enemigo"! No se sabía que Alemania, a la que ellos servían dócilmente, fuera su "enemiga". Entre tanto, los Alemanes le habían robado, en París, toda su biblioteca, la habían empacado cuidadosamente, la habían puesto en cajas, habían trasteado hasta el último libro así como un poco antes lo había sido, por su lado, la biblioteca de uno de nuestros grandes sabios y amigos, Henri Hauser. Y no sigo con las enumeraciones [...].

Entonces Bloch dejó la legalidad. A su edad, con una salud que no era de ningún modo perfecta, con un aspecto bastante reconocible para poder pasar desapercibido - entró valientemente en la vida clandestina de la Resistencia, que para aquel que no la haya conocido, es imposible que imagine los peligros, las fatigas y las continuas alertas así como las satisfacciones. Señalemos, que él hubiera podido, después del armisticio, irse para los Estados Unidos, así como muchos otros. Se lo ofrecieron. El habría podido decirse a sí mismo que, estando libre, serviría bien a la causa del país. Se las arregló sin embargo, para que su partida fuera imposible. Rechazaba tener que abandonar su familia y su país. Desde entonces, todo podía preverse, y fuimos varios, de entre sus amigos, en preverlo y en decírselo, en vano. Despedido de Montpellier, se convirtió en Lyon en una de las cabezas del movimiento que, a pesar de salvajes represiones, se iba a ir extendiendo cada vez más ; y allí trabajó Bloch hasta el día en el que fue capturado en una gran redada por la Gestapo.

Enviado a *Fort Montlue*, este gran sabio, conocido y respetado no solamente en su patria, este hombre que honraba a la ciencia y a la humanidad, sufrió todos los ultrajes, todas las violaciones que los brutos sádicos y desenfrenados inflingían en frío a los patriotas. Bestialmente sometido al suplicio del baño helado, casi se muere de bronconeumonía. Fue curado en el hospital. Fue vuelto a poner en prisión. Mientras tanto, su mujer, que compartía valientemente sus peligros y sus esperanzas, moría súbitamente en Lyon. Uno de sus cuñados era fusilado y su cuñada era deportada. Sus hijos se habían ido para Africa a través de España o se escondían en Francia. Marc Bloch en su celda, permanecía calmado, sonriente y alegre. Sí, alegre. “Nos daba valor, cuenta uno de sus compañeros de cautiverio, nos animaba, nos hablaba de Francia y de su pasado, nunca se desesperaba [...]” Y sin embargo, no se hacía ilusiones sobre la suerte que le esperaba. En Lyon, estaban tratando de salvarlo, se estaban preparando planes de evasión [...]. Demasiado tarde. El 16 de junio de 1944, cuando llegaron a sacarlo de su celda para conducirlo a la muerte, muy lejos, en el anonimato, estaba listo. No solamente murió como el mártir de una patria cuya eterna grandeza conocía mejor que nadie. Al pensar en sus últimas cartas, en sus últimas conversaciones, en la depuración continua de su pensamiento y de sus sentimientos, siento deseos de decir, que murió de una muerte santa.

Murió. Y todavía no alcanzo a darme cuenta de todo lo que implica esta palabra. Para la Ciencia, para Francia, para los *Annales* también y para mí mismo. Desde hace 25 años, Bloch se dirigía hacia mí cuando una dificultad grave aparecía ante su conciencia de hombre o de sabio. De la misma manera, yo me dirigía a él cuando sentía la necesidad de apoyarme en un hombre, en un sólido juicio de hombre. Algunas veces charlábamos, tan cerca estábamos el uno del otro y tan diferentes. Nos echábamos en cara recíprocamente nuestro "mal carácter"; después de lo cual nos volvíamos a encontrar más unidos que nunca en el odio común por la mala historia, por los malos historiadores - y por los malos franceses que fueran también malos Europeos. Aquí me quedo ahora, como un árbol al que el rayo ha despojado de la mitad de sus ramas. No importa: digo las palabras que él mismo hubiera dicho si nuestros destinos se hubieran invertido: ahora más que nunca los *Annales* continúan. Los *Annales* en los cuales hasta su último día de libertad, Marc Bloch no cesó de pensar y trabajar, robando a su labor abrumadora el tiempo para escribir esas notas. Esas últimas notas que yo hacía pasar, a pesar de las censuras, bajo la firma de "M. Fougères" [...].

Los *Annales* continúan. Hasta que duren, algo de Marc Bloch permanecerá entre nosotros, vivo, activo, fecundo.